

HAY UNA FRASE QUE INSISTE: SEIS TESIS SOBRE LA DEMOCRACIA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Diego Giller

*¿de esta fiesta mundial de la muerte,
de este terrible delirio que
abrasa a nuestro alrededor la noche lluviosa,
surgirá algún día el amor?*

Thomas Mann

Días de pandemia, cuarentena y confinamiento mundial. Y una frase que insiste. En un murmullo, en un aplauso o en el sonido de una cacerola, hay una frase que insiste. En la televisión, en la radio o en los diarios, hay una frase que insiste. Con mayores o menores variaciones, se escucha: “El coronavirus no distingue entre ricos y pobres. Ataca a todos por igual. Estamos ante un virus democrático que nos iguala ante la posibilidad de la muerte”. Hay una frase que insiste. ¿Pero qué esconde en esa obstinación?

Tesis 1.

La asimilación entre democracia e igualdad (ante la muerte) es un intento por horadar la democracia y, en el extremo, declararla un mal. En esa frase la democracia aparece como sinónimo de igualdad: la democracia sería aquello que nos hace iguales. ¿Pero iguales frente a qué? No ciertamente frente a las condiciones para acceder a las bondades que ofrece el mundo de las cosas, ni frente a la participación y deliberación en la esfera pública sobre los asuntos comunes, ni frente a la posibilidad de hacer y decir o, ya más radicalmente, frente

al derecho de propiedad. Por el contrario, allí la democracia nos iguala ante el fundamento último de la condición humana: la muerte. Sin distinción de clases sociales, géneros, etnias o nacionalidades, el virus acecha a todos y a todas por igual. Y por eso sería democrático. No hay que hacer demasiadas torsiones para advertir lo advertible: una idea que asocia igualdad y muerte es una idea negativa sobre la igualdad y, en consecuencia, es una idea negativa sobre la democracia definida como igualdad. El silogismo concluye de manera evidente: la mismísima democracia es un mal. ¿Acaso el maldito virus no podría hacer distingos y salvar a quienes hicieron las cosas bien, a quienes respetaron a Dios, a la familia y a la propiedad? ¿Acaso los ricos no podrían cambiar su reino por un caballo? No. Porque el virus nos iguala. Y por eso es democrático. Y por eso la democracia es una mala idea. Es la comunidad de los iguales, pero invertida en su valoración utópica.

Tesis 2.

La identificación mecánica entre democracia e igualdad es posible porque la palabra comunismo se ha vuelto impronunciable. Así como en los últimos cien años la democracia fue identificada con la idea de libertad, el comunismo lo fue con la idea de igualdad. Mientras existió el “socialismo real” nadie formuló una crítica contra la falta de igualdad, pero sí contra la falta de libertad. Esa crítica se acrecentó en los años setenta del siglo pasado y culminó con la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque socialista. A partir de entonces alguien imaginó que llegaba el fin de la historia, que no era otra cosa que el triunfo de la sociedad de mercado y de la democracia como reino de la libertad por sobre el autoritarismo soviético. La palabra comunismo se convertía en palabrota, volviéndose impronunciable.

Hoy nadie diría que al instaurar una comunidad de los iguales (ante la muerte) el coronavirus es comunista, pero sí

que es, por lo mismo, democrático. ¿Por qué el desplazamiento desde el comunismo a la democracia para pensar la igualdad de manera negativa se produce en un momento de confinamiento mundial en el que muchos y muchas perciben una falta de libertad total y un sentimiento de control por parte de los Estados? La respuesta quizá la tenga el propio capitalismo en su faceta neoliberal, la cual es mucho menos un recetario de medidas económicas que una cultura. Para advertirlo, basta observar la segunda década de este siglo, la del retorno de los autoritarismos, la xenofobia y la insolidaridad bajo el artificio de una democracia utilizada contra sí misma. Lo que no calculó el anunció del fin de la historia es que la cultura neoliberal ya estaba escribiendo una postdata contra la democracia, que acaso encontró en la pandemia el decorado para pasar a una fase superior. Por eso comienzan a enunciar, aunque más no sea elíptica o inconscientemente, que ha llegado el tiempo de hacer con la democracia lo que se hizo con el comunismo: forcluirla.

Tesis 3.

Los tiempos pandémicos son tiempos de inversiones. Como en la célebre frase de Marx sobre la dialéctica hegeliana, estamos en un tiempo en el que las ideas aparecen dadas vuelta, puestas de cabeza. Primera inversión: el Fondo Monetario Internacional recomienda suspender las restricciones presupuestarias y aumentar el gasto público, especialmente en el área de salud y en el de ayuda a los sectores más vulnerables. Como eco del mismo coro, la segunda inversión: la oposición neoliberal argentina reclama mayor intervención estatal. Tercera inversión: ciertos sectores de la tradición nacional-popular celebran la puesta en práctica de lógicas punitivistas contra el potencial infectado que no cumple la cuarentena y, además, aplauden la ocupación de las calles por las fuerzas del orden. Cuarta: el desplazamiento del otro peligroso desde

el pobre, el negro y el “planero” hacia el “cheto”, el sujeto de clase acomodada que importó el virus desde el faro mismo de la civilización, desde el continente de unas Luces que hoy comienzan a ensombrecerse. Como efecto de la anterior inversión, la quinta: el rostro tapado deja de ser una marca de violencia, delincuencia, vagancia, piqueterismo y cercenamiento de la libertad de circulación para pasar a ser una herramienta de cuidado del otro. Sexta: el virus escapa del mundo virtual informático en el que estaba encerrado y ocupa las calles de una ciudad que ahora es un teatro vacío que danza a un ritmo posapocalíptico, mientras nosotros y nosotras somos confinados a su anterior morada, obligados a vivir en sociedad a través de una pantalla. Derivada de la anterior y de la frase que insiste, la séptima: ya no somos los hombres y las mujeres los sujetos democráticos, sino un virus microscópico. El atributo democrático le pertenece a él, que lo ejerce igualándonos ante la muerte. Octava: ya no se asocia democracia con libertad sino democracia con igualdad. Novena y última, la que niega a la anterior y es, por su potencia democrática, la que más nos interesa: el homuspandemicus, como graciosamente lo llamó Rafael Spregelburd, no ejerce la democracia desde las plazas y las calles sino desde las casas, desde el resguardo comunitario.

Tesis 4.

La democracia practica su propia inversión: la democracia de y en las casas, la democracia del resguardo comunitario. La palabra democracia, lo sabemos, es un significante polisémico y, por lo mismo, en disputa. Producto de ello, a lo largo de la historia moderna han surgido innumerables definiciones y modos de practicarla, desde la democracia burguesa, alguna vez definida por René Zavaleta como la clave de la plusvalía aplicada a la política hasta la democracia socialista, pasando por la democracia procedimentalista y electoralista, la democracia como un orden que conduce al pluralismo, la libertad y

el respeto de las diferencias, la democracia como un conjunto de instituciones que regulan el establecimiento de reglas de juego claras, la democracia participativista y popular o la democracia como conquista de derechos. A pesar de sus diferencias, en algunos casos insalvables, todas ellas comparten un rasgo que, hasta la pandemia del coronavirus, parecía irrenunciable: la vida democrática se ejerce en el espacio público. Como alguna vez pronunció Mirabeau, la democracia hace un asunto público de todo. He allí su mal, decía, pero también su rasgo distintivo.

¿Puede imaginarse una nueva forma de democracia que no se ejerza por y para el pueblo desde el espacio público? Los tiempos pandémicos parecen sugerir que sí, que es posible la emergencia de una imaginación democrática que invierta a todas las anteriores y permita pensarla y practicarla y fortalecerla desde las casas: es la democracia del resguardo comunitario. Se trata de una modalidad novedosa que se practica, paradójicamente, desde el aislamiento, desde el confinamiento social, y que, acaso, pueda terminar conjugando, al menos mientras dure la cuarentena, las ideas de participación con las de libertad y conquista de derechos. Después de Hegel, lo que se presenta como contradicción ya no debería intimidarnos: acá el aislamiento puede devenir en potencia social si lo que se persigue es el bien común a través de un ejercicio que es colectivo y no individual.

Tesis 5.

La posibilidad de la democracia del resguardo comunitario se dirime en la tensión entre la participación ciudadana desde las casas y el neoliberalismo cultural. La cuarentena debe navegar entre los oleajes plebeyos de la democracia participativa y de conquista de derechos y los bravíos mares de la meritocracia, la concepción tecnocrática de la política y ese rasgo de la argentinidad que alguna vez Guillermo O'Donnell

definió como el del “¿y a mí qué me importa?”.

Tesis 6. Como el ser lacaniano, la democracia es falta. No se materializa sólo en instituciones o en prácticas participativas, sino también, y sobre todo, en un hueco. La democracia progresa cuando descubre que ese hueco existe, cuando advierte que la fragilidad teórica es una condición, cuando asume que la incertidumbre de y sobre la vida es algo constitutivo. La democracia del resguardo comunitario acaso haya aparecido para recordarnos que, para conservar la vida, siempre hay que ceder algo.